

# El Balauarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7 1/2  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 189

Sevilla—Miércoles 20 de Agosto de 1902

AÑO XXVI

## La propaganda sediciosa

El titulado jefe del titulado partido conservador habla por boca de sus amigos desde Málaga; y lo hace como acostumbra el Sr. Silvela y todos los hombres que como él tienen la pretensión de considerarse *superhombres* e inteligencias superiores que sólo pueden prosperar en un país como esta pobre España, que reacciona todo género de anomalías. D. Francisco Silvela, ni más ni menos que muchos personajes españoles, se ha elevado gracias a su apellido, y ya en el pináculo, gracias a Angiolillo, se consideró hombre indispensable, estadista famoso, jefe de partido y político que puede disponer a su arbitrio de los destinos de un pueblo, cuando si las elecciones en España fueran libres, difícilmente podría conquistar el cargo de diputado por el modestísimo distrito de la provincia de Avila que representa.

Pero vamos a la cuestión. El Sr. Silvela, según sus amigos, está dispuesto a adoptar medidas de enérgica represión contra la propaganda socialista y contra la acción de los republicanos. Risa ó compasión nos inspira el abogado que deja los pleitos á sus parientes, por cuanto á los republicanos se refiere, porque el que apenas cuenta con un par de docenas de amigos, incluyendo su familia y deudos, no es la persona más abonada para desplantes y arrogancias, solo comprensibles donde se le ha tolerado una vez como primer ministro que desquició la Hacienda, que desmoralizó la administración pública, que apeló á todas las represiones, y que en una ocasión huyó cobardemente en el Hotel de Roma por que las multitudes le silbaban, y huyó pocos días después por haberse soltado una de las llantas del coche, y le entró tal pánico, creyendo que era la revolución, que se fué directamente á la cochera para increpar al contratista por la ruptura de la llanta. Sus condiciones como político están á la misma altura.

Que vuelva á la presidencia del Consejo. Que apriete los tornillos, que aprisione, destierre y fusile republicanos si tiene valor para hacerlo; pero que sepa también que le conocemos y que hay muchos republicanos que estamos dispuestos a poner el veto á sus demasías y á salir al alcance de sus amenazas, sin miedo á nada y sin preocuparnos de que se puedan romper las llantas de cauchú del carruaje.

Vengan arrogancias, que nosotros contestaremos con energías y demostremos con actos que no nos asustan ciertas actitudes ni nos preocupan las amenazas de los poderosos, contra los que tenemos armas que esgrimir y razones y justicias que oponer.

Cuando se pretende gobernar á los pueblos con el sable, con la injusticia, con el capricho y por los procedimientos de una tiranía hipócrita y disimulada por quien tiene la moral en entredicho, se responde con la energía de la revolución y con la acción resuelta y decidida de la resistencia.

Las armas del ultrarreaccionario pueden ser los mausers y los escapularios, acompañados del corazón de Jesús, con sus cohortes frailunas y jesuiticas.

Las nuestras son, en cambio, mucho más poderosas; porque, aparte de elementos de orden privado que poseemos, la democracia tiene los recursos supremos de los adelantos de las ciencias físicas contra esos alardes de represión de guardarrropía; pero que no se oculte el ridículo conservador tras de sus amigos, y lo declare francamente, que la contestación y la réplica no se harán esperar.

Son muchas las vergüenzas que hemos apuntado para que soportemos de nuevo á un político de las condiciones del hijo del antiguo afrancesado con vistas al regionalismo separatista ultramontano, y con sumisión absoluta al poder del Vaticano que nos envilece y nos hace representar ante el mundo el más triste de los papales: el de siervos de Roma.

Nada más por hoy; pero seguiremos contestando las sucesivas declaraciones del voltiano histérico.

A. A.

## Murmuraciones

Todo hombre bien nacido debe de ser agradecido.

Y como yo lo soy, desde aquí le mando un abrazo al valiente periódico *El Combate* de Gijón, el que, con un cariño y una benevolencia fraternal, se ocupa en mis modestos trabajos, probando de ese modo que no todo es pequeño en esta tierra de Weyler, el más pequeño de todos los hombres pequeños.

Cuando de rato en rato llega hasta á mí uno de esos ecos lejanos que sienten como uno y como uno luchan sin gloria ni esperanzas, fortalecen nuestro ánimo y le incitan á proseguir, en la creencia de que todo no es olvido, ni desprecio, ni desdén.

Estas gotitas de sangre que va uno dejando en su carrera no serán brillantes luceros que engrían á las multitudes, pero es indudable que son jalones que hacen enfocar á las potencias intelectuales, y ellas nos dan el premio.

Los compañeros de *El Combate* pueden disponer de este su agradecido amigo, que si no les desea república, no es por falta de fe, sino por sobra de conciencia de lo que somos....

Todavía estamos discutiendo en medio de la carretera monárquica si es galgo ó si es poldenco.

Y en tanto, pasan por encima de nosotros todas las carretas haciendo de nuestro cuerpo una tortilla.

—Bueno, ¿y qué?

Eso digo yo:—¡Adelante, cuñaita!

La noticia sensacional de hoy ha sido el puntapié real que han recibido los periodistas que acompañaban á D. Altonso en su excursión dándole vivas y diciendo embustes conveoidos en los telegramas.

Dichos periodistas recabaron permiso del general Weyler para asistir á la visita al fuerte de San Cristóbal en Pamplona, un fuerte muy terrible que tenemos allí hasta que lo echen-abajo los cañones enemigos.

Allá se fueron los representantes de la prensa monárquica, fiados en la orden del ministro de la Guerra y en la galantería de los señores palaciegos.

Efectivamente: apenas entró el rey en el fuerte, como observara que los señores periodistas estaban allí, ordenó á su coronel del cuarto militar que los echara á la calle.

Los queridos compañeros en la prensa agacharon su cabecita y salieron humildemente, diciendo todos:

—Ese feo no es á nosotros, sino al ministro de la Guerra que nos dió el permiso.

A lo que contestará Weyler como el juez de maras:

—¡Ahí me las den todas!

Los periódicos monárquicos madrileños echados del fuerte de San Cristóbal á puntapiés en la persona de sus corresponsales, no se dan por resentidos, porque, si se dieran, podrían acarrear algún mal que trastornara las cuentas de sus respectivas administraciones, pero.... ¡eso sí! le dicen al general Weyler que debe de hacer dimisión porque sus órdenes no son respetadas.

Al efecto, los representantes de la gran prensa han teleografiado á sus direcciones respectivas preguntando:

—Después de este puntapié, ¿debemos de seguir como perrillos falderos detrás de estos héroes de cartulina, pregonando sus excelencias y diciendo lo que no es?

No se sabe lo que harán.

Pero yo creo que lo cortés no quita lo valiente, ni lo periodista la parte de dignidad humana que debe de tener cada hijo de su madre.

Y el hijo de la mía, con permiso de la Dirección de mi periódico, y sin permiso también, haría aquello que cuadrara á mi carácter.

—Se quedaría usted cesante, y ya no haría carrera política....

¡Indudablemente, señor!

Eso de hacer carrera política sirviendo de taburete ó de recado no me ha sañisfecho jamás.

Con mi poquito de pan, mi poquito de sol y mi *chaito* de cuando en cuando.... ¡que me echen reyes y excelencias!....

Llevamos media semana con un terrible calor que fluctua en el termómetro ayer con cincuenta y dos, y anteayer cincuenta y seis, y hoy.... como un chicharrón. Cuando me muera y me lleven al infierno, creo yo que estaré perfectamente y sin sentir desazón.

Por alta temperatura que señale allí el calor no será la que en Sevilla gozamos hace ya dos meses justos y cabales, y sin gran sofocación.

En Málaga hay, ó había—porque se ha marchado—un curita que se llamaba Oya.

Y el tal Oya ha hecho la olla gorda del modo siguiente:

«Las mamás necias le confiaban á Oya la dirección de sus casas y de la conciencia de sus niñas; los papás le miraban como hombre de absoluta confianza....»

De pronto, cuando más sólida era esta fama, una noticia estupenda, horrible, hiela todos los corazones devotos y excita las carcajadas de los pícaros liberales maleantes.

El P. Oya se había escapado el día 10 de Agosto con una de sus confesadas, hermosa señorita, distinguida en Málaga, por su belleza, su nacimiento, su dinero y otras prendas que la collocaban entre la *élite* del *mujerío* malagueño, y hacían de ella uno de los palmitos más apetecidos.

Y á esta hora el tal Oya y la linda señorita estarán juntos á la diestra de Dios padre en cualquier fonda decentita de la península.

Y rezando la letanía, como es consiguiente.

El.—Virgo potens.

Ella.—Ora pro nobis.

El.—Virgo clemens.

Ella.—¡Ay, Jesús! Ora pro nobis.

Telegrama de un gobernador á un su subordinado:

«Si es cierto, como se me denuncia, que en esa ciudad se juega á los prohibidos, persiga con todo rigor á los que quebrantan la ley, y comuníquese me lo que haya sobre el asunto.»

Contestación que dará el subordinado:

—Imo, Sr.: Sólo hay por aquí algunas charanguillas sin importancia, que apenas si dan para gastos del uniforme de la policía. Obedeciendo sus órdenes, he apretado un poco los tornillos, y es posible que pueda girarle alguna cantidad.

Poco á poco se van conociendo las verdades en lo que se relaciona con el viaje del rey. Hoy cuenta *El Liberal* de Madrid:

«Aparte la mesura, el comedimiento y la virilidad que aparecen en la protesta, hay en ella un dato curioso. Los representantes del pueblo fueron arrojados violentamente del lugar en que esperaban al monarca á la despreciativa voz de:—*¡Fuera alcaldes!*»

Y después de esto, los alcaldes seguirán tan monárquicos.

Es verdad que los alcaldes no lo son por monárquicos, sino por.... lo otro.

Por ser alcalde y por fastidiar al vecino de enfrente.

Ultimo telegrama:

«Telegrafado de Viena que el emperador Francisco José visitó á D.<sup>a</sup> Cristina y á la infanta María Teresa, que se hallan alojadas en el palacio del archiduque Federico.»

La entrevista fué muy cariñosa, mostrando el emperador interés por los asuntos de España.

Estoy oyendo la conversación.

—Seguiréis cobrando la misma cantidad que antes.

—La misma, querido tío. Aquel país es un país riquísimo. Con lo que nuestra dinastía saque de él, Austria se enriquecerá.

—Y los gobernantes?

—Son unos mamarrachos completos. Allí no gobiernan más que el rosario y la espada, y mientras contemos con ellos y con la bendición del Santo Padre, tenemos el triunfo asegurado.

—Decían que el actual ministro de la Guerra....

—Ya he dado orden de que lo echen. Nombraremos á otro, ¡y en paz! La antigua raza de generales españoles se extinguió con Villacampa y quedó sepultada para siempre en africana tierra. ¡España es nuestra, señor!...

CARRASQUILLA.

## Los hijos ilegítimos

—¿Murio al fin?

—Murio.

—¿Con testamento?

—Intestado.

—¡Infelices hijos!

—¿Hijos? No los tenía.

—¿Puedes ignorar que fuesen hijos suyos Jorge y Elvira?

—Hijos de adulterio.

—¿Dejan de ser hijos?

—No los reconoció jamás la familia. No quiso nunca consentir su deshonra.

—La deshonra, si la había, estaba en tu hermano y no en tus sobrinos.

Tú no desconoces, además, las luchas de Guillermo. Alma generosa, se compadeció de la tan bella cuanto pobre Tula, á quien había torpemente abandonado Enrique por una cortesana. Sintió á la larga convertirse en amor lo que antes fué cariño, y procuró y obtuvo, como tú no ignoras, el divorcio de Tula. El divorcio desune aquí los cuerpos, no las almas, y sólo por la muerte rompe los vínculos del matrimonio consumado. Para sus fines nada adelantó con él Guillermo en las vías de la ley; pero sí en su conciencia. Se instaló públicamente con Tula en el hotel del Parque y la presentó al mundo como su consorte.

—¿Y tú lo apruebas? ¿Olvidas el escándalo que con esto produjo? Lo renovó cuando nacieron Elvira y Jorge. Los inscribió como hijos de él y de Tula, y participó á deudos y amigos el nacimiento.

—¿Querías que los dejara sin nombre? ¿Querías que los matara en el seno de Tula, ó los ahogara al primer vagido, ó los entregara en el torno de la Inclusa á la más negra suerte?

—Debió cubrir la honra de sus padres.

—¿La cubría con deshacerse de sus hijos?

¡Oh almas viles, á quienes sublevaron faltas públicas y no ocultos crímenes! Ni aun muerto, podéis perdonar á Guillermo su vida con una mujer que un marido infame dejó en el arroyo. De otra, muy de otra manera le juzgaríais si hubiese cuando, como vosotros decís, salvar las apariencias. No habría entonces desmerecido á vuestros ojos, aunque hubiese profanado el lecho de cien maridos.

Pero es hora ya de pensar, no en él, sino en Jorge y Elvira. Tú eres, por el Código, el único sucesor de Guillermo: ¿qué te propones hacer de su herencia?

—Donosa pregunta. ¿No me echaste el otro día en cara que malverso el caudal de Matilde? Malversaré en adelante el mío.

—Y ¿los menores?

—Mientras no cumplan los veintitres años, les daré los alimentos que la ley exige.

—¿No te obliga á más la conciencia?

—No me obliga á más el derecho.

—¿Lo crees justo?

—Estrictamente justo. ¿Había de poner la ley los hijos espúreos al nivel de los legítimos? ¿Había de condenar el crimen y reconocer sus frutos?

—Dí: tus sobrinos ¿vinieron por su voluntad á la tierra? ¿pudieron escoger el seno en que habían de ser engendrados y concebidos? ¿No? ¿Por dónde han de ser entonces responsables de haber nacido de padres adúlteros?

—¿Los castigan acaso las leyes?

—Los despojan. ¿Te parece flojo castigo?

—¿Qué derecho tienen á la fortuna de sus padres?

—¿Lo tienen los demás hijos?

—Equipara los hijos bastardos á los legítimos, y conviertes en concubinato el matrimonio, en lupanar la familia; abres la puerta á todo linaje de desórdenes.

—¿No hay otro medio de reprimirlos que por el despojo de los hijos? Castiga en hora buena al que delinque; ampara al inocente. Agrava, si te parecen aun suaves, las penas del Código contra los adúlteros: priválos, si quieres, de la patria potestad; niegues el derecho de sucesión á sus descendientes y aun á sus ascendientes; quítales el de ciudadanía; nunca, nunca aconsejes ni consentas que bajo forma alguna caigan en la cabeza de los hijos las faltas de los padres.

Es absurda esa distinción entre hijos legítimos é hijos bastardos. Hay padres legítimos y padres ilegítimos: sólo hijos legítimos. Por no haber recaído la distinción en los padres, obscurece aún los códigos de todas las naciones cultas esa flagrante injusticia, contra los hijos espúreos. Pobres y oscuras víctimas de error jurídico, cuando llegará el día en que el Estado os despoje ni la Sociedad os afrente?

Apelo á tu conciencia y á tu corazón, Fedes- rico. Recoge la herencia de Guillermo, entrégala toda á sus hijos, cumple la voluntad de tu her- mano. Aunque no la dejó escrita, la sabemos cuantos le tratamos. Vivía en Tula y sus hijos.

F. PI Y MARGALL.

## Los curas y la mujer

Un monstruoso y reciente atentado al pudor realizado por un clérigo ha puesto una vez más sobre el tapete la eterna cuestión del celibato religioso y la licitud de las relaciones sexuales entre eclesiásticos y mujeres.

Prescindiendo del *suceso*, comentado y ex- ecrado justamente por todos los hombres rectos y probos, analicemos sus causas productoras.

Yo he leído en alguna parte de Platón que un día Venus les dijo á las Musas:

—Ninfas, temblad cuando Cupido os haga la guerra.

Y respondieron las nueve hermanas:

—Ese niño no pasa por aquí.

Este pasaje se lo he aplicado siempre á los clérigos.

El hombre no obra ni se mueve sino impul- sado por las pasiones, y éstas no se agitan sino espoloadas por el amor, y el amor es obra ente- ramente de la mujer.

En los pueblos ilustrados y cultos, las muje- res forman los ciudadanos esforzados y los hom- bres virtuosos. Ellas son las que dan las grandes figuras al Estado y las que aseguran la felicidad pública. A ellas les debemos los heroicos cau- dillos, los buenos oradores, los inspirados artis- tas, los rectos ministros, los cultos pueblos y los justos reyes.

La mujer con su influjo suaviza las costum- bres, purifica la sociedad y regenera los senti- mientos corrompidos.

Suprimir el amor femenino equivaldría á ce- rrar el libro de la Historia.

La mujer es la esperanza que ha quedado oculta en el fondo de la caja de Pandora.

Goethe, doblando su rodilla ante el *eterno fe- menino*, encarna el ideal de la humanidad en- tera.

El odio á la mujer es el signo inequívoco de la podredumbre moral.

Solo en los siglos de abyección y libertinaje se ha escrito en contra de las mujeres.

Si Juvenal hubiera vivido en una época de más moralidad no las hubiera satirizado. Si Mos- lière y Boileau hablaron mal de ellas, fué bajo un reinado y cerca de una corte donde el vicio cívico caminaba con la cabeza erguida.

Cuando el fanatismo religioso ha agotado todos sus sistemas depresivos, el odio á la mu- jer es su último recurso para turbar al género humano. La Iglesia católica, apartando á sus sacerdotes de la mujer, arrojó en el seno de la sociedad el manantial inagotable de innumera- bles crímenes.

Cristo nace de una mujer, defiende á la adúl- tera, ensalza á la pecadora, consueta á la viuda, rescata á la doncella, y en su peregrinación, en su Calvario y en su muerte, su corazón tiene para la mujer los latidos más delicados, las pa- labras más afectuosas, las más consoladoras es- peranzas.

Si á Juan, el mancebo casto, le ofrece su pe- cho para plácido reposo, para la Magdalena guarda la defensa enérgica, el perdón sin lími- tes, los matices más delicados de su ternura, la glorificación póstuma y universal.

Pero los modernos fariseos lo entienden de otro modo.

Apenas el joven se encierra en el seminario se comienza á trabajar con ahínco para arrancar de su mente y su corazón hasta las más castas remembranzas de la mujer.

Se le predica constantemente que la mujer es la causa y el origen de todos los males del mundo; se maldice la memoria de Eva y se extiende este anatema hasta la última mujer contemporánea.

Se le dan á leer libros donde los escritores eclesiásticos han vertido toda la ponzoña de su odio femenino, y donde se reputa por crimen execrable hasta la simple mirada de curiosidad dirigida á la mujer.

Todas las obras que forman parte de su pro- grama de estudios están saturadas de citas y pasajes donde se execra á la mujer, se la tizna con todas las injurias y se la presenta como el monstruo más abominable.

Todo el que conozca la vida clerical y los seminarios no me dejará mentir.

Hay un libro titulado *Directorio del sacer- dote*, obra de un jesuita, donde están coleccio- nados los pasajes más fulminantes de los Santos Padres en contra de la mujer, y en los que se

amontonan los dicterios y calumnias más asque- rosos en contra de ellas.

Este libro se lo regalan los obispos á todos los jóvenes, como preciada joya, el día que se hacen sacerdotes.

Yo sé de un jesuita que negó la absolución sacramental á un alumno por haber abrazado á sus hermanas durante las vacaciones.

A otro dejaron ocho días sin postre y sin re- creos por haber *besado á su madre* un día que fué á visitarle al colegio.

En los conventos y colegios es muy general la costumbre de mezclar los alimentos y bebi- das con drogas y anafrodisíacos, para reducir á los jóvenes á la impotencia y á la esterilidad más absolutas.

Con estas prácticas criminales y las conti- nuas exhortaciones y consejos, se pervierte en los clérigos la corriente normal de la sexualidad, ó se les conduce á la satiriasis ó á la locura erótica.

No hace muchos años un joven del conven- to de los Paules de Madrid, sugestionado por estas doctrinas infames, se hizo la ablación de los órganos genitales con una navaja de afeitar.

Preguntado por la causa de este crimen na- tural, contestó:

—Lo he hecho por temor á las mujeres.

Un novicio jesuita, perturbado también por esas teorías odiosas, salió desnudo al jardín, gritando: «Yo quiero mujeres! ¡Dadme muje- res!» y se arrojó á un pozo de cabeza.

También sé de un joven protestante á quien los jesuitas lograron *convertir* y encerraron en un seminario, predicándole continuamente el odio á la mujer. La Naturaleza salta todos los falsos diques, y un día se presentó armado de un cuchillo en el cuarto de su confesor y le dijo: «No puedo más; una mujer ó me mato.» El je- suita se santiguó horrorizado, y el joven se pegó una puñalada.

La Iglesia todo se lo perdona á los clérigos, menos el amor á la mujer. Un cura puede ser borracho, jugador, usurero, asesino, pederasta, todo lo que quiera; de todo saldrá bien, para todo habrá tapadera; pero ¡ay de él si le sor- prenden en los brazos de una mujer! Está per- dido para siempre.

En España hay tres ó cuatro clérigos actual- mente, algunos de ellos escritores notabilísimos, perseguidos con saña inaudita solo por este *de- lito*.

Verdad es que la sociedad y el falso libera- lismo tienen no poca culpa en esto porque hay muchos espíritus *fuertes* que tiemblan de espanto solo de ver hablar un cura con una mujer.

En cambio, en los colegios clericales, con- ventos y seminarios, no se da la menor importan- cia y se ve con la mayor indiferencia los vicios solitarios y la pederastia, enseñados muchas ve- ces por los profesores y directores.

Se toleran amistades íntimas y repugnantes; los jóvenes agraciados son objeto de todos los mimos y preferencias; hay celos y rivalidades, y, huyendo de la mujer, caen en las aberracio- nes más odiosas.

Abominan de la mujer y, en cambio, afemi- nan á los hombres.

En las representaciones teatrales, muy fre- cuentes en esos centros, visten de mujeres á los muchachos más guapos, y á todos aquellos ve- nerables célibes se les cae la baba contemplando las gracias de sus efebos.

He visto á los escolapios de Madrid vestir de vírgenes y desposadas á varios de sus alumnos. Los agustinos de El Escorial suplen todos los papeles teatrales femeninos con alumnos esbel- tos, y he visto en los jesuitas al hijo de un capi- tán hacer de Santa Teresa!

Todo esto tiene necesariamente que atacar la virilidad de los educandos.

No digamos nada de los libros y lecturas usuales en estas casas.

De ellas están desterrados el *Quijote* y toda nuestra literatura del siglo de oro, por *immoral*.

El *Telemaco* está expurgado y en todas las ediciones ilustradas emborronada con tinta la figura de Calipso desnuda.

En cambio, se traducen y comentan los pasa- jes más cínicos de Ovidio, Petronio y Juvenal. Se permite la lectura de Platon, donde se lee lo siguiente: «Querido Astor: Yo quisiera ser el cielo cuando tú contemplas su extensión, y mi- rarte con tantos ojos como estrellas tiene aquél. Astor, tú eres para mí el lucero de la mañana y la estrella de la tarde.»

Pues este Aster era un discípulo de Platon á quien éste enseñaba astronomía, dedicaba ver- sos y adoraba con amor *socrático*.

En manos de todos los alumnos anda tam- bién un libro donde se dice: «Yo tengo más placer en ver á Clinias que en ver todo cuanto hay de más bello entre los hombres. Quisiera perder la vista y no tener ojos sino para ver á

Clinias. Si no le veo es de noche; si le veo sale el sol.»

Pues este Clinias era un *gazanpiro* que tenía sorbido el seso á Jenofonte, el famoso capitán.

Digase si con libros que contienen *textos* como los citados será de admirar el que de esos centros salgan pederastas á millares.

En nuestro reciente viaje á Italia nos llamó soberanamente la atención ver que todos los obispos y cardenales tenían en su palacio á ma- nera de una corte de jóvenes elegantísimos y afeminados.

El mismo fenómeno observamos en los pre- lados del Vaticano, y nos escandalizamos al verlos discurrir por las galerías del palacio papal cogidos del brazo de los más arrogantes solda- dos de la guardia pontificia.

Después supimos que *todo aquello* era allí cosa admitida y corriente. ¡Qué asco!

Urge, pues, que los curas se moralicen y esa moralización no se puede obtener mientras los clérigos no vuelvan á los brazos de la mujer, abandonados en mala hora.

Y así como todos los baldones y castigos son leves para el clérigo que se refugia en So- doma, tengamos *caridad* y dispensemos *protec- ción* al que se eleva y dignifica en el amor de la mujer, y odiamos á esa Iglesia que quiere hacer violar á sus hijos las leyes de la Naturaleza, de las que *nadie* se exime.

FRAY GERUNDIO.

## De actualidad

Debido á los manejos carlistas, la Cámara de Comercio presentóse al Alcalde, acusándole de responsable de que no la recibiera el rey.

El Alcalde, disgustado, quiere dimitir. Los liberales le seguirían renunciando los cargos, incluso la Diputación á Cortes, acudien- do al retraimiento político.

Estos sucesos son comentadísimos.

En Saint Ouen el pueblo opúsose á la clau- sura de las escuelas religiosas.

Levantó barricadas y apedreó á los gendar- mes.

Estos dieron cargas á sablazos, resultando heridas por ambas partes.

Las hermanas fueron ovacionadas. Los sellos puestos por la autoridad apare- cieron rotos.

En Brest ha sido preso el comandante Leroy Ladurie, que se opuso á la orden de clausura de las escuelas.

Nimes.—Ha habido manifestación de 2,000 personas frente á la prefectura, reclamando la reapertura de los conventos.

El Gobierno ha acordado que visite el rey á Zaragoza en las fiestas del Pilar.

*El Liberal* califica de exceso el celo del en- trometimiento de Pacheco en el viaje del rey.

Este es irresponsable de los disgustos habi- dos con autoridades y diputados; los únicos res- ponsables son los cortesanos imprudentes.

*El Imparcial* aplaude el decreto de Moret sobre descentralización, reconociendo que re- presenta un progreso efectivo, esperando que surja el efecto inmediato en el despacho de los asuntos administrativos.

*El Liberal* dice que el Gobierno considera censurable la conducta de Pacheco, y espera el regreso de Weyler para adoptar un acuerdo enérgico.

Dicen de Tánger que el ministro español Có- logan activa los asuntos pendientes con el Sul- tán.

En breve se pagará la indemnización por los cautivos.

El kaid de Omarsusi batió á los rebeldes de la kabila de Aityusi en el primer encuentro.

En la visita real al fuerte de San Cristóbal (Pamplona) hubo un incidente que es comenta- dísimo.

Weyler anteriormente facilitó á los periodis- tas permiso escrito y firmado para que entrasen en el fuerte.

Al llegar el rey les saludó y los periodistas correspondieron.

Momentos después un teniente coronel de Estado Mayor acercóse á los periodistas dicién- doles que, a pesar de la orden de Weyler, el rey vería gustoso que no entrasen.

Así lo hicieron.

A consecuencia del incidente ocurrido en el Fuerte, los periodistas acordaron dar por termi- nada la crónica del viaje regio.

Telefonaron á los directores de los periódicos y éstos ratificaron esa conducta, ordenán- doles que regresaran á Madrid.

*La Epoca*, suponiendo que el gobierno pien-

sa aplazar hasta Diciembre la reunión de Cortes, dice que Canalejas hallase dispuesto á impedir esta habilidad, y no estará solo.

Occupándose de los incidentes del viaje del rey, culpa al gobierno que tiene abandonada la misión que debe cumplir al lado del monarca en todo momento.

Congratúase de la debilidad de Weyler que demuestra pierde terreno la decantada dicta- dura.

El *Heraldo* en un artículo titulado «Los Cor- tesanos» considéralos arcaísmo palaciego que tenía razón cuando los monarcas lo representa- ban todo.

Hoy sólo cabe el influjo de los consejeros responsables y acabaron los clandestinos.

Pide al Gobierno y ministros que no se aven- gan a figurar en segundo lugar.

Los cortesanos tratan de impedir la confian- za de las masas y es necesario que el Gobierno dirija el viaje para evitar disgustos del pueblo.

Barcelona.—Al entrar en puerto un bergan- tín italiano de la matrícula de Civita Vecchia, co- rrió una corriente submarina, arrastrándole con- tra la escollera y llevándole largo rato de uno á otro lado, amenazando con estrellarle.

Momentos de angustia.

Un remolcador echó un cabo y le sacó del peligro.

Graves averías: sin desgracias.

Dicen de Tánger, que el cónsul del Brasil re- clamó la libertad de un súbdito.

Moamed Torres negóse á darle libertad y entrega de pasaportes.

El cónsul se ha quejado á su Gobierno. Moamed no reconoce al Brasil, por negarse éste en 1880 á firmar el tratado de Madrid.

*La Correspondencia* dice que se han hecho indicaciones á Pacheco sobre disgusto del Go- bierno por determinados actos de aquél.

Pacheco ha procurado sincerarse, alegando un celo excesivo.

En la reforma del Concordato, pídesa la su- presión de la Diócesis de Madrid.

El Nuncio se opone.

Conferenciaron con Rodríguez, Mellado y Núñez de Arce.

Mañana se reunirá la ponencia de ministros referente á la reforma del Ministerio de Agricul- tura.

*El Español* cree difícil la situación de In- cián.

Los periodistas dirigieron á sus compañeros que viajaban con el rey el siguiente telegrama:

«Si se confirma la retirada de los compañe- ros, rogámosle nos digan la hora que llegarán aquí para aguardarles con música.»

Tanger.—Mediante fiadores, se ha puesto en libertad el súbdito brasileño, continuando el conflicto entre Torres y el cónsul del Brasil.

A Rotterdam llegaron los generales boers, siendo avacionados.

Dicen de París que en Eveuse celebróse im- ponente manifestación á favor de la libertad de enseñanza.

El Alcalde y el Secretario del pueblo de Campocerrado, recientemente desahuciado, in- tentaron visitar en Zaraus á la Marquesa de Santa Coloma, que negóse á recibirlos.

Entregaron una exposición á la princesa pi- diendo auxilios y socorros para aliviar del ham- bre y miseria espantosa al pueblo.

Telegrafían de Yokohama que una terrible erupción volcánica ha estallado en la isla de Tori Shuma.

Cantidad enorme de lava, piedras y cenizas ha sepultado á la población, pereciendo todos los habitantes.

La erupción sigue con violencia.

## Noticias locales

### LA CUESTION DEL AGUA

En uno de los patios del Ayuntamiento se reunió ayer tarde la comisión inspectora que giró la visita á Alcalá.

Presidió el señor Jimeno de Ramón y asis- tieron, además de los concejales que fueron á visitar los manantiales, el señor Palacios Carde- nas—que está bastante mejorado de la indisposi- ción que hace días sufre—y los señores Casti- llo y Carriedo, que aun cuando no forman parte de aquélla, quisieron asistir á la lectura del acta.

También fueron llamados el ingeniero y ar- quitecto municipal.

Comenzó la sesión por la lectura del *borra- dor* del acta, fiel expresión de los trabajos reali- zados el día anterior.

Durante toda la mañana el arquitecto estuvo rectificando las operaciones efectuadas para los aforos, pudiéndose desde luego consignar los datos siguientes.

Caudal de agua del *Zacatín*, 1,762 metros